

Reseña

ANA TERESA TORRES ENTRE LOS "AVATARES INSOLITOS" DE SU OFICIO

El lugar del escritor

Judith Gerendas

El escritor, ese ser humano que ha optado por producir un discurso que se transmite a través del papel y de los tipos de imprenta, o de los medios electrónicos, y que se dirige a un otro anónimo y múltiple, ese ser y su oficio ocupan un sitio central entre los temas que asedia Ana Teresa Torres en la gran panorámica de asuntos culturales que ofrece en su más reciente publicación, titulada **A beneficio de inventario** (Caracas, Memorias de Altigracia, 2000), lo cual da cuenta de la sostenida labor de alguien que, evidentemente, ejerce el oficio de escritora con profesionalismo.

Claro, uno podría preguntarse si alguna vez, aparte de un breve lapso situado en épocas tempranas de la cultura, realmente el escritor ocupó un lugar central. Y si, más allá de algunos momentos privilegiados, la literatura no fue siempre una actividad minoritaria. Hoy en día tendemos a pensar que en épocas anteriores la gente que leía era legión, aunque probablemente eso nunca fue así, descontando el corto período del folletín.

Sin embargo, la situación actual no deja de ser radicalmente diferente a todas las anteriores. En el mundo de hoy el lugar del escritor se ha vuelto ex céntrico, se ha convertido decisivamente en una posición muy alejada del centro, ocupada por algunos individuos que se dedican a la excéntrica o estafalaria actividad de producir literatura.

Dentro de este contexto, que yo he ampliado a partir de una lectura motivante, de esas que suscitan los buenos libros, Ana Teresa Torres sitúa la condición específica del escritor venezolano. Una condición marcada por hechos como el de no ser reseñadas las obras y por no tener interés para los grandes medios, que son, a fin de cuentas, los que marcan las pautas de opinión hoy en día. El escritor, entre nosotros, es prácticamente un loco de carretera, habla solo y nadie le hace caso. Tampoco el ejercicio de la crítica tiene interés para los medios, los cuales son renuentes a brindar sus espacios para ese tipo de artículos. Por eso, tal como lo dice la autora, "El escritor venezolano se siente, en principio, bastante desolado, porque su receptividad social es muy exigua" (p. 101).

Desolado, solo, carente de suelo, desarraigado. Innecesario. Y, sin embargo, el escritor siempre responde de alguna manera a su momento histórico, le da voz a nuestros deseos y temores más ocultos, y avizora aquello de lo que están preñados los tiempos mucho antes de que esos fenómenos aparezcan.

Si el ser humano cree que ello es prescindible, entonces su existencia se empobrecerá y terminará por asemejarse a la de esos seres robotizados que aparecen en las siniestras antiutopías de Huxley, Orwell o Bradbury. Por cierto, logradas obras literarias que anticiparon situaciones que fueron vividas posteriormente o que estamos viviendo en la actualidad.

Si el escritor tiene un oficio sin lugar, como señala Ana Teresa Torres, entonces una parte importante del entramado cultural queda desgarrada, y a partir de esa desgarradura se generará el aislamiento y la incomunicación. El desconocimiento del potencial lector de su propia necesidad de leer le cerrará opciones y el escritor, a su vez, se quedará gesticulando en el margen.

El ámbito de ese lugar (de ese no-lugar) se reduce cada vez más, por la invasiva presencia de otros actores del quehacer público, como lo es la política, que fagocita todos los espacios, por su irrefrenable necesidad de estar siempre presente y autoalimentar su propia ficción. O por la banalidad de la mercancía, que también lo invade todo, trivializando un mundo en el que consumir pareciera sustituir al existir, y el ser se contrasta, no con la nada, sino con la carencia o posesión de productos de marca que, cual parodia de la ética sartreana, han sustituido a la libertad de asumir la propia situación por la libertad de comprar una mercancía que emblematice esa situación.

"Venezuela es un país bastante aislado del circuito literario internacional",

constata melancólicamente Ana Teresa. Destaca que ello nace desde el propio país que, al no leer ni dar cuenta de sus autores, no tiene cómo darlos a conocer tampoco en el exterior: "Nosotros, los autores, también tenemos que leer los signos de lo nuevo, estudiar la producción de autores no necesariamente consagrados. Y además, de estudiarla con el propósito de restaurar el tejido literario nuestro, tantas veces roto por las distintas tonalidades del prejuicio. Se trata de un trabajo a largo plazo" (p. 45).

El asedio a la crítica literaria la lleva a revalorizar la actividad que se hace en el mundo académico, los trabajos críticos que se producen sobre literatura venezolana en las universidades, a través de las tesis de pregrado y de maestría y doctorado, así como de los trabajos de ascenso.

La autora nos habla también de la desesperante historia de la acumulación de manuscritos en la gaveta, muchas veces con contratos firmados que no se cumplen. En un mundo que termina siendo inverosímil, pero al que reconocemos como muy real, el éxito no cuenta nada, más bien pareciera que fuera mal visto.

Se nos habla, igualmente, de los cambios producidos en la perspectiva editorial española, y entonces nos damos cuenta de que el interés por las ventas en una América Latina depauperada ha sido desplazado por el de pertenecer a la comunidad europea. Este hecho material marca de una manera decisiva el gusto literario en boga, los cánones estéticos y el proceso de producción y recepción de la obra.

Además de ser una escritora profesional, Ana Teresa Torres es una escritora que lee. Hacer semejante afirmación puede dar la impresión de ser una tontería. Pero no está de más, lamentablemente, puesto que pareciera que muchos de los escritores venezolanos no se leen entre sí, lo que contribuye a la fragmentación del espacio propio, al no reconocerse y, por tanto, no conocer ese algo que de esta manera termina por no existir, eso que llamamos literatura venezolana. Ana Teresa entabla diálogo con la obra de numerosos autores, en particular con la de algunos de los más jóvenes.

Esta sostenida labor crítica se materializa en una gran cantidad de artículos. No es una actitud frecuente. Como lo dice la escritora, "un autor venezolano, cuando publica un libro, no espera ávidamente el domingo por la mañana para ver qué dicen los críticos de su obra, porque supone que no dirán nada" (p. 37). Y supone bien, porque no tenemos una cultura de diálogo, de confrontación, de saber discrepar con arte. La obra que no encuentra eco, queda flotando en la ingravidez del desarraigo.

Dentro de este contexto, uno de los ensayos más notables de **A beneficio de inventario** es el titulado "Premios y castigos". La autora se refiere a sus propias experiencias en el mundo de los editores, los distribuidores y los concursos literarios. Escrito con humor y con ironía, resultaría muy divertido, si no fuese que se trata de una pavorosa historia de incumplimientos, desencuentros, expectativas creadas y no cumplidas, una serie de acontecimientos absurdos y estafalarios. La situación que se cuenta es cruel y trágica, pero está descrita con tanto humor que termina siendo tragicómica. La autora nos cuenta todos los avatares insólitos por los que ha pasado con sus editores y traductores, con los premios que ha ganado, algunos de los cuales resultaron totalmente ficticios, miserables engaños carentes de sentido humano y signados por la corrupción.

Entonces uno, que tiende a pensar en Ana Teresa Torres como en una de las novelistas mejor "rankeadas" de nuestra literatura, más bien como en una escritora mimada por la fortuna, tiene que apercibirse de cómo se manejan en el robotizado mundo actual las relaciones entre escritor y casas editoras y demás instituciones literarias. La imagen de Gaston Gallimard empujando personalmente la carretilla en la que traía los ejemplares recobrados de los primeros volúmenes de **En busca del tiempo perdido**, enmendando el garrafal error de la casa editorial de su propiedad, que había rechazado a Proust y había permitido



FOTO ESO AVAREZ

"Ana Teresa Torres sitúa la condición específica del escritor venezolano. Una condición marcada por hechos como el de no ser reseñadas las obras y por no tener interés para los grandes medios..."

que lo publicara otra empresa, parecería pertenecer a un tiempo tan lejano como el jurásico.

Los capítulos en los que la autora da cuenta de la literatura venezolana son algunos de los más largos del libro, tales como "El escritor ante la realidad política venezolana", "Ficciones del despojo. Notas para una investigación inconclusa" o "Breve itinerario personal de la novela venezolana (1968-1996)", entre otros.

El abordaje de lo femenino, tan importante en la narrativa de Ana Teresa Torres, también se vincula con el tema principal de este libro, el de la escritura y el lugar del escritor. Ello, en gran medida, se hace a través de la recuperación de la historia cotidiana, o de la intrahistoria, tema central también de su narrativa, así como de mucha literatura hecha por mujeres. El colocar en el centro de la atención esta historia del día a día, del ámbito de lo privado, lleva a la autora a expresar su crítica a los medios, los cuales ejercen hoy en día la dictadura sobre la opinión pública y diseñan el espacio de lo valorizable y lo no valorizable: "La modalidad que es copia del estilo común de los noticieros internacionales, deja en el basural de los residuos toneladas de acontecimientos sin sentido, despojándonos de la historia que transcurre todos los días y situando al ciudadano en la posición de espectador fragmentario" (p. 113).

En este mismo orden de ideas, en el artículo con el que se cierra el libro, se hace el elogio del ámbito de la intimidad. Para ello la escritora apela a Freud en estas páginas finales, como haciéndole un homenaje a la profesión que ella dejó por la escritura, al psicoanálisis. Lo cual, a fin de cuentas, ha sido pasar de un trabajo con la palabra a otro, de una búsqueda de sentido a otra. Ahora Ana Teresa es novelista e intenta contribuir a superar la banalización que nos invade.

En una época en la que los escritores han perdido papel protagónico, Ana Teresa Torres expresa en este libro su intensa pasión por la literatura. Su asedio a ella permea todos los temas y todos los aspectos. La escritora nos ha dicho que una sociedad que no ejerce la lectura de sí misma necesariamente regresa a la barbarie. Con este libro ella contribuye poderosamente a ese ejercicio de comprensión y de búsqueda de significado.